

UMBERTO ECO: *Sei passeggiare nei boschi narrativi*. Harvard University, Norton Lectures 1992/93, Milano, Bompiani, 1994, 180 p., 5 x 14 cm

Una reproducción de Paul Klee nos introduce en el bosque encantado: formas simples y esenciales, de gruesos trazos negros, con los movimientos torpes del dibujo infantil; una combinación de signos y espacios en la construcción, de la imagen que rescata el ingrediente fantástico-inventivo del "Jugendstil" o estilo joven, con la intensidad psicológica y la inusitada deformación expresiva del mundo de las hadas y los ogros.

Con esta cubierta llega a nuestras manos el último ensayo de Umberto Eco donde se reúnen las conferencias dictadas en la Cátedra de Poesía Charles E. Northon, la misma que ocuparan Stravinsky, Bernstein, Milosz, Northrop Frye, Octavio Paz y Borges entre otros. Eco es la primera voz italiana en Harvard porque Italo Calvino falleció en 1985 mientras preparaba sus "lecciones americanas", las esclarecidas *Seis propuestas para el próximo milenio* aparecieron póstumas.

En Boston Eco comenzó precisamente con un homenaje a Calvino -al amigo y al escritor con quien compartía cuestionamientos teóricos y cierta disposición lúdica- y a Borges, "espíritu presente en estas lecciones".

En la geografía de la narratología, con una sensibilidad muy cercana al mundo de la Caperucita y del lobo, Eco nos invita a seis paseos por el bosque de los textos narrativos. Sus clases -doctas y divertidas, magistrales- están dedicadas a la presencia real e implícita del lector en el texto, a los diferentes modos de emergencia y de participación, más aún, de coparticipación a partir del convenio tácito que siempre acordamos con el autor. La novela de Calvino *Si una noche de invierno un viajero...* resulta el material ideal para explicar los movimientos de la pareja autor/lector porque éste está siempre presente y "no sólo como componente del acto de contar historias, también como componente de las historias mismas".

Algunos conceptos -como los de autor y lector modelo- no son nuevos. Han aparecido en los ensayos precedentes -por ejemplo, en

Lector in fabula, en I limiti dell'interpretazione- pero ahora el estudioso reitera la necesidad de estas estrategias textuales que son como instrucciones intrínsecas del texto como tal, independientemente de quien haya escrito y de quien lea. El autor empírico dispone de estas señales o "guiños" para guiar a sus lectores.

Las primeras lecciones se detienen en la estructura narrativa, en los conceptos de historia e intriga, en la incidencia del tiempo en la historia, en el discurso y en el lector. Y bien sabemos que Eco concede una enorme amplitud al rol del lector: a veces juega hasta hacernos caer -lectores ingenuos- en el engaño, hasta reír juntos; otras nos cautiva con esa posibilidad de ayudar al autor a desplegar la obra. El Profesor explica también la relación entre realidad y ficción, la mezcla de géneros "serios y populares", el proceso de identificación que supone la lectura, el funcionamiento del interés en los mundos narrativos posibles y en la ontología de los personajes y de los eventos para mostrar cómo juegan las leyes del mundo real en la construcción de un mundo inverosímil. Desde la propuesta analítica de Eco la representación del mundo real no difiere mucho de aquella con la que aceptamos el mundo posible representado en un libro de ficción.

Eco, detective y lector desenfrenado, busca sendas por "los bosques narrativos", saltando de una a otra cita, por la "alta" y por la "baja" literatura; descubriendo pistas en la *Caperucita*, en el *Ulises* de Joyce, en el *Quijote*; siguiendo senderos que se bifurcan o trazando los propios recorridos según elecciones y/o decisiones intuitivas o meditadas porque, finalmente, el texto es una máquina perezosa que pide al lector hacer una parte del trabajo. Es que, desde la perspectiva del ensayista italiano, el libro no ha sido escrito para que creamos lo que nos dice sino para indagar: en el bosque debemos desconfiar de la senda que se abre adelante nuestro, debemos apartar ramas y follaje engañosos en la búsqueda de la verdad. Eco nos enseña a no instalarnos en la certeza y a aceptar, en el mundo de la ficción, un juego distinto de la noción de verdad y del criterio de credibilidad.

Y mientras lo acompañamos en su trajinar por el bosque sabemos de las lecturas y relecturas de Eco, de sus autores predilectos, de sus dudas y de sus impresiones. El estudioso afronta textos diversos con un

discurso dúctil y recurre a un abanico amplio de propuestas críticas, desde los formalistas a los estructuralistas, a los semiólogos, a la estética de la recepción, que sostienen su *iter* especulativo y figuran en las numerosísimas notas bibliográficas a pie de página. Ejemplos de su modo de abordaje son las consideraciones sobre los textos de Poe y de Nerval: avanza hipótesis, vacila, entra en zonas de neblina, arriba a conclusiones que inmediatamente desestima, abre brechas por otros flancos. La correría teórica de Eco se transforma en una especie de victoriosa aventura o búsqueda del tesoro o en una partida de ajedrez donde el humor y la agilidad argumentativa equilibran los movimientos. Por momentos parece desorientado pero esta confusión está admirablemente orquestada para llegar a un punto de claridad, de epifanía de la narratividad, donde se manifiestan juntas las tres personas de la trinidad narrativa: autor modelo, narrador y lector.

Es bien conocida la capacidad especial que tiene el crítico italiano para iluminar cada cuestión teórica por ardua que sea, para abordarla racionalmente y para recurrir siempre al ejemplo pertinente conectando el problema a los casos de la vida y a experiencias comunes a todos. Además, acompaña la explicación con diagramas diseñados en la computadora.

En conclusión, primero las lecciones en vivo y ahora esta publicación nos ponen en contacto con “una inteligencia que se divierte”, que estimula ideas, que favorece la polémica sobre una cuestión que ocupa a la crítica académica americana: ¿Quién detenta el poder ante el texto literario? ¿El autor? ¿El crítico, como desearía la Escuela de Yale? ¿Quienquiera que se encuentre ante la página escrita, deconstruyendo y reescribiendo el texto como declaran los seguidores de Derrida? Entre serio e irónico, precisamente en Harvard, Eco ha desafiado la ortodoxia posmodernista y puesto a salvo los derechos del autor y la inteligencia del lector.

Gloria Galli de Ortega